

843
6.



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

PQ 2235
.D6
L5

ES PROPIEDAD

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. B. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Imprenta de MARIANO GALVE, Aviñó, 18. — BARCELONA



LINDA PROPIEDAD EN VENTA

I

Solos, en un departamento de primera clase, se hallaban padre é hija sentados frente á frente, sin decirse una palabra. ¿Acaso no sabrían por donde empezar, después de su larga separación? Nada de eso; sino que no tenían nada que decirse, á lo menos, en aquel momento.

Sumido en sus meditaciones, el señor de la Brève sentía, en el fondo de su alma, que su hija le hubiera obligado á tomar billetes de primera; él viajaba siempre en segunda, é instintivamente se había figurado que su hija viajaría en la misma forma.

Su pesar no era debido á la avaricia; adoraba á Evelina, y, por darle gusto, se hubiera privado de cualquier cosa; pero todo gasto superfluo hacía un agujero en su humilde presupuesto.

Y los agujeros, sumamente pequeños en su mayo-

ría, se habían ido acercando tanto, desde algún tiempo, que el presupuesto, y permítase la frase, parecía un finísimo tamiz.

Evelina, por su parte, no estaba muy contenta de su padre.

¡Pues no había venido éste, con sus billetes de segunda en la mano, á recogerla del grupo de amigas que la habían acompañado á la estación de Nantes!

Habían visto las «segundas», y la joven sintió colorearse de púrpura sus mejillas, al recordar las miradas que se habían fijado en aquellos desgraciados trozos de cartón. Felizmente, Evelina no carecía de sangre fría.

—¡Papá, se ha equivocado Vd.—había dicho ella, —es decir, se ha equivocado el empleado: fíjese Vd. en los billetes!

—¿Qué tienen, hija mía?—preguntó el señor de La Brève, algo azorado, y sin comprender absolutamente nada.

—Son «segundas», y Vd. ha pedido «primeras». Hay que cambiarlos.

—¿Pero... crees?...—titubeó el padre.

—Para eso no hay dificultad alguna; pero dése prisa, pues de lo contrario, no encontraría asiento al lado de la ventanilla!—y, dirigiéndose á sus amigas, añadió: —Hubiéramos podido pedir un suplemento, y era lo mismo; pero vale más estar en regla.

La Brève estaba ya hablando en la taquilla, á pesar de las protestas de los de la «cola», muy disgustados, por aquella prolongación de su martirio; pronto, volvió con sus billetes definitivos, algo emocionado

por la aventura, y un poco más de prisa que de ordinario.

Evelina abrazó, sin excesiva efusión, á sus amigas; se prometieron escribirse, y cumplieron la promesa: la señorita de La Brève abandonó su antigua existencia, para empezar una nueva; su educación había terminado; Evelina salía del limbo; en una palabra, inauguraba su juventud, del mismo modo que ciertas gentes que han brillado en el mundo, por un golpe de Estado.

Se ha ponderado mucho la Turena, y con razón; pero, para poderla apreciar, hace falta haberla conocido antes de seguir el curso inferior del río que, entre Angers y Nantes, describe las líneas más notables y graciosas, para los aficionados á los vastos horizontes y á los países soleados.

Cuando se dirige la vista á esas riberas, ya quebradas, ya suavemente alisadas como terciopelo, á los lagos azules, salpicados de doradas arenas, ó adornados con islas verdosas, formadas con el Loire, en sus complicadas desviaciones, las pequeñas colinas de la Turena parecen, á menudo, monótonas y demasiado juntas.

Corría el tren, en dirección de Angers, dejando atrás esas encantadoras curvas del bajo Loire que, en tiempo de los grandes poetas, hubieran merecido, lo menos, media docena de cantos.

Libre de sus preocupaciones domésticas, con la belleza de ese espectáculo, que conocía bastante bien, el señor de La Brève, mirando por la ventanilla, llamó la atención de su hija.

—¡Eva—dijo entusiasmado,—mira!

Sus azules ojos brillaban como en su juventud, y

sus mejillas, que el sol no pudo nunca bruñir, se teñían de rosa pálido.

—¡Sí, papá, es muy bonito—repuso ella, dedicando una mirada distraída al paisaje; y luego volvió á absorberse en sus reflexiones íntimas.

Los diez y ocho años de Evelina no eran como los de una niña, que ha permanecido interna, en un colegio, separada de todo, sino los de una persona muy al corriente de las cosas de la vida actual.

Sobre el fútil pretexto de que el señor de La Brève no podía, siendo viudo, tener convenientemente, en su casa á su hija, durante las vacaciones, la madrina de ésta, se la había llevado consigo, desde la edad de ocho años, invitando al padre, á pasar con ella, la temporada. Quería á su ahijada que le servía más bien de juguete que de compañía.

Esta vida amenazaba durar siempre, y La Brève, que se trasladaba dos veces por mes á Nantes, para abrazar á su hija, sin que pudiera poseerla un solo minuto, se preguntaba si estaría condenado á ser siempre un padre *in partibus*, cuando Evelina perdió, de una manera muy imprevista, á su madrina.

No fué que la Parca segase el hilo de sus preciosos días, no; la vida de la señorita de Vigeran no corrió peligro alguno; pero su corazón, que se le antojaba á ella, al abrigo de las sorpresas del fatal arco, como decían nuestros abuelos, su corazón novelesco fué herido repentinamente por una flecha inesperada. En resumen, hablando claramente, la señorita de Vigeran, á los cuarenta y dos años, se enamoró por todo lo alto.

El objeto de su pasión tenía diez años menos que ella, poca fortuna, bigote retorcido y aspecto misteriosamente indiferente.

Como esas son cualidades á las que un corazón, virgen, por no haber servido, no se resiste, se verificó la boda. Evelina esperaba heredar á su madrina, y no debía separarse de ella nunca, nunca, ¡ni aun para casarse! Evelina, colmada de regalos y promesas, después de asistir á las nupcias, en calidad de dama de honor, fué entregada en manos de su padre, que se quedó encantado. No tenía más hijos, ni parientes cercanos, y adoraba á la ingrata; apenas la conocía, á no ser por sus lindas muecas, por sus preciosas sonrisas y por esa intención secreta que hace adivinar, en un ser semejante á uno mismo, rasgos propios, que uno quiere.

Como entusiasmada, no lo estaba Evelina. Indudablemente, quería mucho á su papá, que la trataba como á una reina; pero lo había amado toda su vida desde lejos, sin experimentar la necesidad de quererle más de cerca. La joven veía bien lo que había perdido, y no vislumbraba aún lo que ganaría en cambio.

Y además, se encontraba más humillada y molesta de cuanto pueda decirse, por la despedida decisiva que le había dado su madrina, y esto fué para su amor propio, una pequeña herida que tardaría en curarse.

Aparte de esto, la señorita de La Brève no sentía ningún vacío en su alma, ni ilusiones prematuras. Decimos prematuras, porque, en nuestro tiempo, de cosas positivas, las ilusiones parecen que deben de ser

más bien flores de otoño, crisantemas destinadas á florecer tarde, cuando todos los despojos de la existencia hayan alimentado suficientemente al alma, para que pueda ésta sentir algunas impresiones de lujo, y producir pensamientos dulces y benéficos, antes de llegar al gran descanso del invierno.

Gracias á su pureza natural, Evelina era ingenua, pero una ingenua moderna, que conocía el valor del tiempo y el precio de todas las cosas inútiles.

Por fin, entró, algo á pesar suyo, en el hogar paterno. Sus recuerdos de la infancia, casi desaparecidos, se limitaban á una madre enfermiza, morosa, á veces triste y gruñona. ¿Encontraría en la Roseraie imágenes más alegres?

La joven había leído en casa de su madrina, una porción de novelas morales, de las cuales, lo menos la mitad, comenzaba con la vuelta de la heroína á la casa paterna; ¿cuál de esos regresos sería el suyo? ¿Trágico? ¡No, de ningún modo! ¿Cómico, desagradable, indiferente, alegre? ¿Qué caras estaba llamada á contemplar á diario?

Se acordaba vagamente de la de su vieja nodriza, en otro tiempo, mujer de confianza que quedó al servicio de su padre, después de muerta la señora de La Brève; ¿reconocería ella aquel rostro?

—¡Pero fíjate Eva, ya llegamos á Chantocé! ¡Mira! ahí está la Roseraie, ¿la reconoces? Ya ha pasado, los árboles ocultan la casa. ¿Reconoces el viejo castillo? ¿Qué hermosa ruina, verdad?

Realmente era una ruina. La torre mayor, saludaba el paso de los trenes. Evelina le dirigió una mirada

y bajó, con la sencilla majestad de una reina joven que entra en sus Estados.

Su padre había entregado ya el talón del equipaje á un hombre, medio aldeano, medio jardinero, mal vestido, con un pantalón remendado, camisa de color y una chaqueta cualquiera.

—Ya estamos aquí, José; ¿tiene Vd. la carretilla?

—Claro que sí, señor. ¿Es ésta su hija? Buenos días, señorita, me alegro verla á Vd.

Y dicho esto, José se marchó con la carretilla hacia los equipajes, depositados sin miramiento en el andén. El tren ya estaba lejos.

—¿Iremos á pie?—preguntó Evelina á su padre.

Este la miró con aire de asombro.

—No se puede ir de otro modo,—repuso;—no tenemos coche ni caballo; pero estamos cerca.

—Entonces muy bien—dijo la joven.

José se adelantó con su carretilla cargada á más no poder; dos ó tres baúles, otras tantas maletas, media docena de paquetes de todas formas y tres cajas de sombreros. El vehículo, mal engrasado, gemía muy lastimosamente á cada paso; decididamente, la llegada no tenía mucho prestigio.

—Padre—dijo Evelina,—¿supongo que no acompañaremos á esta caja de música, hasta la Roseraie? ¡Nos echarían los perros! ¿Por qué no dice Vd. á ese hombre que vaya delante, ó detrás, pero, en fin por distinto lado que nosotros?

—José,—ordenó La Brève—marcha por el camino más corto, nosotros iremos paseando.

José obedeció, aunque algo extrañado, y hasta

contrariado, porque pensaba haber conversado con la señorita, durante el trayecto; y el señor de La Brève, después de estrechar la mano del jefe, salió de la estación.

En la explanada el caballo de un ómnibus amarillo aguardaba con paciencia que dos ó tres buenas mujeres terminasen de ponerse de acuerdo, acerca de la propiedad de sus cestos; nuestros viajeros fueron saludados por el cochero, que tenía buena cara, y tomaron el camino de la Roseraie.

II

A los lados de la carretera se veía dos largas filas de álamos, los mimbres temblaban bajo un ligero viento y la luz los plateaba, el delicioso sol brillaba á las cuatro de la tarde, aquel día, de los últimos de Agosto, é iluminaba el paisaje, de una manera á la vez directa y suntuosa, así como también el gran puente que atraviesa el Loire, y el mismo río salpicado de doradas arenas, con mezcla de plata, producida por las pequeñas olas y las ondas caprichosas de sus azuladas aguas.

Caminaron unos veinte minutos, sin casi cambiar palabras; el ómnibus pasó por la carretera, á cierta distancia, acompañado del sonido de cascabeles, que desapareció alejándose.

La Brève se detuvo; ya no se oía la carretilla.

—¿Es de V. esa casa?—preguntó Evelina, indicando un edificio moderno, especie de castillo incompleto, presuntuoso y llamativo, rematado con veletas, pequeños campanarios de zinc, imitaciones de pararrayos, con punta de cristal en que se reflejaban los colores del prisma; el conjunto, muy amazacotado, y con demasiadas pretensiones, revelaba una fortuna adquirida recientemente y un arquitecto del más deplorable gusto.

—¿Eso?—exclamó La Brève, sorprendido de tal modo, que casi lanzó un grito.—¿Eso? ¡A Dios gra-

cias, no! Es propiedad del señor Nollard, vecino mío; pero no, amigo. La Roseraie se halla en frente.

Se introdujo, con Evelina, en una alameda de tilos, algunas de cuyas hojas, ligeras, de color oro pálido, corrían acá y acullá, por la arena del paseo; al volver un recodo de esa alameda, apareció una casa antigua, de piedra gris, cubierta de arriba abajo por un soberbio manto de verdura.

Varias madresevas y rosales de diez especies, adornados con su segunda floración, confundían amistosamente sus ramas, que caían entrelazadas, á guisa de guirnalda de piedras preciosas; una clemátide de azul intenso, esparcía por todas partes sus vistosas flores, de variados colores.

—Se le dió el nombre de la Roseraie (*), y de esto hará pronto doscientos años—dijo el señor de La Brève,—porque el que la mandó construir había tapizado las paredes con rosales; los viejos murieron; éstos son nuevos, como puedes suponer, algunos de ellos los he plantado yo, en mi juventud... ¿Verdad que todo esto es muy bonito?

—Sí, es hermoso—repuso Evelina,—pero debe atraer muchas arañas.

Estaba en lo cierto, se encontraban muchas arañas. Y La Brève quedó pensativo, contemplando los balcones de hierro forjado, de donde brotaban haces de ramaje; las grandes ventanas del tiempo de Luis XIV, con sus pequeños cristales, en que se reflejaba el sol, parecían pestañear, dando la bienvenida á la niña de la casa, pero ella no lo sospechaba.

(*) Lugar plantado de rosales.

—¡Oh! papá—exclamó la joven,—¡la casa no es cuadrada!

También esto era verdad, lo mismo que la observación sobre las arañas; la casa no era cuadrada, había debido de serlo, porque nuestros antepasados del gran siglo, eran aficionados á la rectitud de los ángulos y de las líneas; pero varias modificaciones sucesivas habían desviado, cuando menos, dos de las cuatro fachadas, y la tercera estaba dividida por una especie de celosía.

La antigua Roseraie se componía, únicamente, de una gran habitación y otra pequeña, en la planta baja; una escalera de piedra, cómoda y ancha, conducía al único piso en que se repetía la misma distribución. Pero lo que era bueno para un soltero, y tal vez para un joven matrimonio poco previsor, era insuficiente para una familia, y se habían añadido varias piezas por todas partes, con espantosa desigualdad de nivel. En las paredes se abrieron diversas puertas, inutilizadas luego, por nuevos engrandecimientos.

En una palabra, la Roseraie era la más chapucera, la más absurda y la más deliciosa de todas las casas viejas.

Las tapias estaban rodeadas de begonias con magníficas flores; un ancho prado se extendía bajo los grandes y barrigudos balcones, y en el fondo del paisaje, limitado por las colinas de la ribera opuesta, corría el Loire, muy azul, separado del jardín por un viñedo, y á continuación, una pradera.

—¡Pues es muy bello!—pensaba La Brève.

El antipático chirrido de la carretilla, le ahorró

probablemente una nueva decepción, porque Evelina, que creía que habían llegado hacia tiempo los equipajes, se volvió, y viendo solamente los dos baúles en el vehículo, exclamó consternada:

—¡José! ¿Dónde ha metido V. mis paquetes?

El buen hombre se detuvo, colocó la carretilla sobre sus pies, se secó la frente, y contestó:

—Allí vienen.

Una bandada de chiquillos, muy limpios, pero muy mal vestidos, con pantalones adornados de soberbios remiendos, y pequeñas blusas de indiana, la mayoría descalzos, se acercaba, llevando los «paquetitos» con una majestad hierática. Los mayorcitos se colocaron dos á dos para transportar las maletas; los menores se habían apoderado, quién de un paquete, quién de una sombrerera; un chicuelo muy decidido blandía los paraguas, en su funda de tela; entre todos formaban una procesión curiosa. La Brève sonreía.

—¿Qué es eso?—preguntó Evelina, casi de buen humor.

—Son mis hijos—repuso José, secándose la frente con mayor fervor todavía.

—¿Todos?—replicó, asombrada, la joven.

—No están ahí todos, señorita; tengo tres mayores, que se hallan en los campos.

—¿En los campos?

—Están colocados en varias heredades—explicó La Brève,—pero no exagere V., José, todos esos niños no son suyos.

El aldeano se volvió, comprobando con la mirada el número de su progeneritura.

—Es verdad—dijo,—cuatro son de mi hermana.

—¿Entonces, cuántos tiene Vd.?—preguntó Evelina, que se sentía con muchas ganas de reír.

—Tengo once, señorita, contando los tres que están en el campo.

Los ocho críos de José y los cuatro de su hermana, parados, al final de la alameda, con sus paquetes en la mano, contemplaban á la joven con una admiración tan convencida, que Evelina se emocionó.

—¡Vamos!—les ordenó La Brève, divertido con el aspecto de aquel grupo,—llevad todo eso al cuarto de la señorita, y decid á Elmira que os dé peras.

La banda infantil franqueó la escalera de piedra que daba acceso á la casa, y se precipitó por la puerta.

—¿Les permite Vd. entrar en casa?—interrogó Evelina, mientras José trasladaba los baúles.

—Están muy bien educados—repuso el padre.

—Pues sus modales corren parejas con su calzado,—replicó la joven con una mueca.

—¡Qué quieres! ¡Ponte en lugar de José! ¡Once pares de calzado cada día, no sería muy halagüeño! Ven á ver tu cuarto. Mira, ahí tienes á Elmira, extrañada de no haberte hablado aún.

La buena nodriza había envejecido mucho, las frescas mejillas que recordaba Evelina, se habían ajado y arrugado; pero seguía apareciendo en sus ojos de perro fiel, la misma mirada honrada y cariñosa. Cogió á su antigua nena por la cintura y le dió media docena de besos estrepitosos.

—¡Ah! ¡querida mfa!—exclamaba,—¡cuán hermosa

y crecida está! ¡Se le hará á Vd. corto el tiempo, señor, para querer á esta niña!

Evelina se sentía un poco molesta; y del mismo modo que un pájaro, acariciado bruscamente, sacude sus plumas, así, la joven sacudió su falda, arrugada por los abrazos.

—¿Y habrá que tratar de Vd., como á una señora, á este tesoro?—preguntó Elmira, con una mirada interrogativa á su amo.—¡Antes nos tuteábamos, pero ahora ya no es lo mismo!

—No, Elmira, ahora es otra cosa—dijo Evelina con mucha gracia.—Hace mucho tiempo que no nos hemos visto, y me costaría trabajo acostumbrarme.

—Tiene Vd. razón, angel mío—replicó Elmira, cuya alegría cayó, como la leche retirada del fuego,—nos costaría mucho habituarnos...

Repitió melancólicamente esta frase para grabarla en su memoria. De repente, el ruido de los pies desnudos y calzados, en las escaleras, la llamó á cosas más prácticas.

—Ya bajan todos esos chicuelos; ¿es verdad que el señor ha mandado que se les dé peras?

Ante la respuesta afirmativa del amo, la sirvienta condujo á la chiquillería, á la cocina, mientras Evelina y su padre subían la escalera, algo obscura. La Brève abrió una puerta, y la luz les dió de lleno en la cara.

Era una habitación grande, de cinco metros de altura, y siete ú ocho de ancho y largo, con dos balcones; el suelo, de mosaico de madera artísticamente labrada, relucía como un espejo; el cuarto estaba alha-

jado con muebles antiguos, en muy buen estado; en uno de los huecos, que daba al río, se hallaba instalado un tocador, del siglo diez y ocho, que esperaba que su joven dueña se contemplara en el espejo; junto al otro balcón una enorme butaca ofrecía sus blandos muelles.

—¡Oh!, papá, esto es el viejo salón, lo reconozco; ¿y quieres que habite aquí?

El la miraba, contento por la sorpresa y alegría que indicaba la voz de su hija.

—¿Qué más puedo hacer? He arreglado un saloncito, abajo, que será suficiente para los dos. Y el comedor es inmenso... igual que esto.

Evelina paseó en derredor suyo una mirada de satisfacción. Su cama desaparecía en un ángulo, medio escondida tras un antiguo biombo de seda, construído con una bata de su bisabuela, de un verde pálido encantador, en el cual se entrecruzaban suntuosas palmas de brocado blanco y oro.

—¡Pero es muy grande! ¡Me perderé aquí dentro!—dijo la niña riendo.—¡Papá! ¡deme un abrazo!

Le echó los dos brazos al cuello, con la gracia espontánea que constituía uno de sus mayores encantos, y él la devolvió un beso, con seria ternura, un poco emocionado aunque no lo parecía.

—Y estos muebles tan preciosos... ¿dónde ha encontrado Vd. todo esto?

—En casa había alguno que otro, y además, he comprado varios en Angers; me figuré que te gustarían.

—¡Ya lo creo que me gustan! Es Vd. un padre adorable. ¿Pero Vd. dónde duerme?

—En un cuartito, aquí al lado; ya lo verás mañana.

—No, ahora.

Ella le empujaba, él se dejó llevar; en el pasillo, abrió otra puerta, en frente del cuarto de Evelina; ésta penetró, y acto seguido, se detuvo estupefacta.

—¡Pero esto es un cuchitril, padre! ¡es una caseta, un nicho!

—Sí, tiene algo de caseta; pero estoy acostumbrado y la quiero mucho.

El techo era muy bajo: evidentemente, se habían construído dos cuartos, en la altura del piso; la habitación era larga, estrecha, tapizada de cerezo y provista de libros de arriba á abajo.

—¿Duerme Vd. en su biblioteca, papá? ¿no le caerán, de noche, los libros en la cabeza?

—No sería la primera vez, en efecto. ¡Pero, fíjate qué linda vista! Yo no podría vivir sin tener buenas vistas...

La ventana, lo mismo que las de las habitaciones contiguas, daba á las islas del río.

—¡No importa, papá! ¡Me daría vergüenza habitar mi hermoso cuarto, mientras Vd. mora en este nicho!

—¡Pues, no obstante, tienes que acostumbrarte, princesita mía!—repuso el padre feliz, acariciándola con sus miradas.

III

A la mañana siguiente, Evelina se levantó temprano, para recoger la propiedad. El jardín no era grande; un poco más allá de los macizos de los rosales y geranios, que adornaban el césped, empezaba el cultivo serio, primero las legumbres y luego la viña.

Las zanahorias y los nabos no ofrecían interés alguno á la joven, la viña tampoco; la pradera que acababa de ser segada por segunda vez, presentaba el aspecto menos poético; y Evelina retrocedía, por su camino, un tanto contrariada.

A la cruda claridad de la mañana, la vieja casa, dejaba ver todos sus achaques, á través de la capa de follaje, y Evelina, que la víspera consideraba muy densa esa capa, estaba á punto de considerarla hoy como muy sutil.

Caminaba mirando al suelo, sin cuidarse del paisaje, tan fresco y brillante bajo el sol matutino.

Su ideal de la vida de campo consistía en unos acirates bien cultivados, en caminos alisados, en una casa moderna, llena siempre de gente, y sobre todo de mujeres elegantes...

—¡Buenos días, Eva!—dijo la voz de su padre.—¿Permites esa abreviatura? Tu nombre es demasiado romántico...

—Me gustaría mucho papá; Eva es cien veces más distinguido. ¡Buenos días, padre!

—¿Qué te parecen tus dominios?—preguntó La Brève, caminando al lado de su hija.

—¿Quiere Vd. que le hable con entera franqueza, verdad?—repuso, mirándole de reojo.—Pues bien, papá, me parece que podrían estar mejor cuidados.

La Brève se detuvo.

—¿Mejor cuidados? ¡Pero si los he mandado abonar tres veces, este año! Las cepas han sido lavadas con agua sulfúrica, las patatas se han sulfatado, y no se ha ahorrado ningún abono químico...

—¡Oh! ¡papá! ¡no quiero decir eso! ¡Ya estoy persuadida de que cuidará Vd. muy bien sus patatas!

—¿De qué, entonces?

—¡Mire Vd. eso!

Con la punta desdeñosa de su piecicito, señaló la alameda, en que las indomables correhuelas trazaban guirnaldas elegantes, pero inútiles.

—¡Oh! ¿Hablas del jardín?

—¿No podría ese padre de familia, ese José, limpiar un poco todo esto?

—No tiene apenas tiempo...

—Entonces, otro cualquiera. ¡Confiese Vd., papá, que así no está presentable!

El señor de La Brève, se puso serio y condujo á su hija al centro de una plazoleta rodeada de vallados: cuatro puertas abiertas en el follaje, ofrecían diferentes paisajes. Sin fijarse, se sentó en un banco desde donde se veían las patatas.

—Encuentras mal cultivado el jardín—dijo el padre,—y, hasta cierto punto, tienes razón, aunque un jardín de propietario no sea tan exigente en su correc-

ción, como el de una quinta de recreo; pero aquí, hay muchas cosas que te chocarán, y es preciso, queridita mía, que sepas el por qué.

Su voz se volvía seria, casi triste. Eva le miró atentamente, quizás, por primera vez en su vida.

Nunca había tomado á su padre en serio. La señora de La Brève, según una expresión vulgar, pero muy característica, se metió á su marido en el bolsillo, y las primeras impresiones de su hija, habían sido, que su padre no era nadie en la casa. Además, le había visto muy poco, y, por otra parte, á los diez y siete años no se observa casi nada; pero ahora que iban á vivir juntos, ese padre que tan descuidado había estado, merecía un examen más detenido.

La Brève tenía cincuenta y cuatro años; de estatura regular, había conservado la elegancia y esbeltez del cuerpo; su rostro, de corte delicado y regular no tenía nada de particular, salvo los ojos azules, sumamente puros y jóvenes; pero todo el conjunto de su persona era de esa distinción perfecta que no puede separarse de la sencillez.

Lo mismo sucedía con la compostura de ese propietario rural: vestía una chaqueta ligera, de buen corte, y que le sentaba admirablemente; nada disminuía la dignidad de aquel hombre, que, aun bajo las ropas más miserables, hubiera parecido siempre lo que era: instruído, inteligente y bien educado. Evelina se sintió satisfecha de su padre.

—Bueno, papá,—dijo la joven, con la encantadora sonrisa que era uno de los principales atractivos—dígame todo lo que debo saber.

—Eso va á sorprenderte desagradablemente. Hasta ahora, has vivido sin darte cuenta de nuestra situación pecuniaria: tu madrina te colmaba de regalos, siempre estabas en su casa... yo no tenía más preocupación que pagar tu colegio y tus uniformes...

—¡Oh! ¡papá, qué antipáticos uniformes! ¡Corra Vd. un velo sobre aquellos objetos repugnantes, se lo ruego!

—Costaban más caros que si hubieran sido bonitos—repuso La Brève, con una sonrisa.—Pero, querida mía, si no te hubiese mimado tanto tu madrina, te hubieras visto obligada á llevarlos durante las vacaciones; en una palabra, somos pobres, hija mía.

—¿Pobres?

Eva se levantó sobresaltada: se volvió á sentar en seguida, porque los principios de su buena educación, le prohibían toda manifestación exterior, su padre se lo agradeció.

—Sí, somos pobres. Después de morir tu mamá, me hallé en posición embarazosa: ya sabes, ó por mejor decir, no sabes, que á ella le gustaba cuidar de nuestros asuntos; era completamente honrada y recta, y la engañaron; colocó el dinero, tan desgraciadamente, que nos ha dado malos resultados; un notario en quien tu madre tenía toda confianza, acaba de declararse en quiebra, y en ella perdemos casi todo lo que nos quedaba... Para no fastidiarte con detalles penosos, te diré que no nos queda más que tres mil francos de renta vitalicia y la Roseraie.

—¿Y cuánto produce la Roseraie?—preguntó Eva, que no perdía fácilmente la serenidad.

—Dos mil francos, poco más ó menos; antes las viñas producían tres ó cuatro veces más; pero, las enfermedades...

—¿Sin embargo, V. las cuida?

—¡Yo, sí! ¡Pero los vecinos! Es para desesperarse el tener que gastar tanto dinero y tanto trabajo para desterrar el enemigo, cuando en frente lo dejan crecer y multiplicarse á su gusto. ¡Esas enfermedades, hija mía, son como las morales, pasan por cima de todas las tapias!

—En suma, cinco mil francos... más la casa.

—Y la vida; tenemos jardín, y así, nada nos sale muy caro... excepto el lujo; pero éste puede suprimirse. Tendremos que pasarnos sin él, querida. ¿Te dará mucha pena?

—¡No lo sé, papá!—declaró la joven, francamente—¡Supongo que nó! Con el tiempo, me acostumbraré... ¡En medio de todo, qué mala ocurrencia ha tenido mi madrina, al casarse!

La Brève no dijo nada; pensó, para sus adentros, que el sitio de un hijo, está no en casa de una extraña, sino en la de sus padres; que su soledad había sido larga y pesada; que era una gran alegría, su única alegría, ver á aquella flor encantadora, á quien él dió el ser, abrirse bajo el techo que había recibido de sus abuelos; pero aun no había llegado el momento de meditar esas cosas detenidamente; abrazó á su hija y penetraron en la casa.

IV

Don Hipólito Nollard, calzado con botas de charol, polainas de hilo blanco, adornando su pequeña y prominente barriga con un chaleco azul con flores de oro viejo, y vestido con una chaqueta de franela, tan blanca como las polainas, paseaba por el jardín de su propiedad. Acababa de dar serias instrucciones á un hortelano, cuando se presentó un joven de veinticinco á treinta años, con traje de campo, y fisonomía franca, en un palabra, el tipo opuesto de su tío, pues era sobrino de Nollard.

—Tío—dijo.—Acaban de traer por ferrocarril, una caja grande, con una inscripción que dice: *Muy frágil*.

Los criados no quieren abrirla más que en presencia de Vd.

—Tienes razón—profirió Nollard;—la prudencia es madre de la seguridad; acuérdate de esto, sobrino. Ya sé lo que es—añadió, dirigiéndose hacia la casa que él llamaba castillo.—Es mi bola.

—¿Su bola?—preguntó Max Buxy, contemplando sin gran respeto la redonda y estrafalaria cabeza de su pariente, que no reparó en ello.

—Sí, una bola soberbia, enorme. Busqué una por todo París, y no la encontré lo suficientemente grande: ésta la han fabricado expresamente para mí. ¡Es cara, muchacho! pero creo que no habrá otra tan hermosa, en ningún castillo de Francia.

—¡Yo también!—declaró perentoriamente el joven.

—¿Pero, si no la has visto?

—¡No importa, la veré! Y sin haberla visto, puedo decir, como Vd., que nadie pasará otra igual, en Francia.

—¿Cómo lo sabes?—preguntó Nollard, algo intrigado.

—¡Porque me ha dicho Vd. que la han construido expresamente!

—Es verdad. Sin embargo, encargándola á otra fábrica... pero creo que me dirigí á la principal casa constructora de bolas.

Mientras hablaban, habían llegado á una sala desierta, contigua á un depósito de naranjas, en donde, dos criados, tenazas y martillo en mano, esperaban.

—¡Vamos, abrid eso!—ordenó el amo.

Las herramientas entraron en danza; empezó á salir una cantidad prodigiosa de paja, luego de heno, y por fin virutas, que se amontonaron alrededor de los hombres, cubriéndolos hasta la cintura.

—¡Diga, tío, si continúa eso, no habrá sitio para la bola, en esta caja! ¡En mi vida he visto tanta cosa para un embalaje!

—¡Mira! ¡Ahí está!—dijo Nollard, que no se turbaba fácilmente.

En efecto, se veía un envoltorio esférico, de papel obscuro, y por fin, salió una masa informe, envuelta en papel de embalar.

—¡Cortad las cuerdas!—exclamó Nollard, en la forma que un capitán manda á su tripulación. Con las manos cruzadas en la espalda, y las piernas abiertas,

como para luchar contra el balance, evocaba el recuerdo de los grandes héroes del mar.

—Usted me permite observar que se dice: «¡Soltad las amarras!»—dijo Max, visiblemente abstraído en recuerdos marítimos.

—¡Déjame en paz!—repuso Nollard, con tal acaloramiento, que Max sospechó que tenía ganas de enfadarse; y en seguida renunció á molestar al único ejemplar de tío que le había concedido la naturaleza, y cruzando también las manos, pero sin abrirse de piernas, guardó silencio.

—¿Qué esperais ahí?—preguntó el propietario, á los inútiles testigos de tantos esfuerzos.

—¡Al Mesfas!—replicó Max.

En aquel momento surgía de las últimas nubes de papel de seda, que lo velaban aún, un astro de plata, enorme, exagerado: osciló un momento, en su pedestal y todo el mundo lanzó un grito—algunos, un juramento, según el estado de su conciencia—y, por fin, apareció en todo su inmaculado esplendor.

Nollard dió un paso atrás, para ver mejor á su astro, después de volver la cabeza á derecha é izquierda, inclinándola un poco, como un pájaro que medita:

—Es magnífica—dijo modestamente—Cogedla y seguidme.

Dos criados cogieron con precaución el pesado soporte de fundición; no sin una serie de movimientos en falso, peligrosos, sacaron el objeto de la sala y siguieron á su amo al jardín: los dos «comparsas», como dicen en los teatros, les seguían, con los brazos caídos.

—Aquí—dijo Nollard, deteniéndose á algunos pasos de la casa, en la terraza, llena de naranjas, en sus correspondientes cajas.

—Se ha fijado Vd., tío,—observó Max—que el lugar que indica no está del todo en el centro de...

—Ya sé lo que hago, sobrino—replicó Nollard, con acento solemne;—en efecto, no está en el centro; pero tengo una razón.

—¿Ah?—interrogó el joven.

—La coloco ahí, para ver pasar los trenes.

—¿Los trenes? Si hay un vallado y una tapia, por delante...

—La tapia es más baja; en cuanto al vallado, se practicará en él un hueco. ¿Habéis traído las herramientas?—dijo á los jardineros «comparsas»—¡No, naturalmente! ¡Es más cómodo estarse ahí una hora sin hacer nada! ¡Ir á buscarlas y á escapar!

—Tío,—dijo Max, mientras se iban los hombres—¡El vallado tiene cien años! ¡Es mucho más viejo que la casa!... que el castillo quiero decir...

—¡Toma! también había una casucha por el estilo de la de enfrente... (Señaló desdeñosamente á la *Roseaie*) y la he mandado derribar.

—Y el vallado ha quedado. Tío, le pido que se compeze de ese vallado. Buscaremos otro lugar para la bola...

—¡De ningún modo, sobrino! La bola permanecerá aquí, y la valla caerá. Además, ¿qué más da? ¡un hueco de cuatro ó cinco metros; vaya una cosa! Hay más de cincuenta á la derecha y otros tantos á la izquierda. Quiero ver los trenes...

—¿En la bola?—exclamó el joven, comprendiendo por fin.

—¡Pues claro! ¿Te haces cargo? ¡No habrá nada tan bonito como esto! Yo me he enterado, y se verán no muy grandes, pero se verán.

—¡Y además, las gentes que viajen en esos trenes, verán también la bola! Es una razón, tío, por fin me doy por vencido.

—Es lo mejor que puedes hacer—dijo Nollard, con irónica sonrisa.

Los sirvientes volvieron y varios hachazos bien dirigidos, bastaron para abrir una ancha brecha en el noble y centenario vallado. Max ahogó un suspiro; pero Nollard triunfaba. Se oyó un prolongado silbido, y, en la perspectiva recién abierta, apareció, á poca distancia, un tren de mercancías que marchaba despacito.

—¡Qué cerca está la estación!—exclamó Max—nunca lo hubiera creído, y sin embargo, se emplea bastante tiempo para venir.

—Es porque la carretera, bordea mi propiedad—repuso Nollard, en cuya boca la palabra «propiedad» adquiría una amplitud sorprendente.—¡Mira, mira! lo ves el tren... ¡por ahí no, mentecato! Le vuelves la espalda! ¡En la bola, hombre! ¡Mira! ¿lo ves como desaparece, poco á poco?

Max se colocó, para ver, en la misma posición que su tío, esto es, medio inclinado, con las manos en las rodillas; y se levantó, sin poder contener la risa.

—¡Ya estoy contento!—exclamó Nollard—¡Oh! puedes burlarte de mí, Max; si supieras lo sin cuidado

que me tiene. ¿Lo veis, hijos? ¿veis el tren, en la bola?—preguntó á los jardineros.

Los dos hombres miraban sin distinguir nada; de pronto, el más astuto, dió un codazo á su compañero, diciéndole:

—¡Sí, sí, ahí está! ¡Qué preciosidad!

Permanecieron contemplando aquella maravilla, mientras Nollard, sumamente satisfecho, pero más vanidoso aún, tomaba un aire de indiferencia.

—Dí, sobrino, ¿y si fuésemos á visitar á nuestro vecino, el señor de La Brève? Parece ser que llegó ayer su hija.

—¿Tiene una hija, ese amable caballero?—preguntó Max, contemplando tristemente los restos del vallado, que estaban amontonando en una carretilla.

—Una joven de diez y siete ó diez y ocho años, que no es fea, según dicen; pero, no vayas á enamorarte mucho, pues no es para ti.

—¿Demasiado rica?—preguntó lacónicamente Buxy.

—¡No tiene un céntimo!—contestó el tío.

—Entonces, es como yo—dijo Max;—yo soy demasiado pobre para una heredera, y también muy pobre, para casarme con una mujer sin dote. Pero, no importa, ¿verdad, tío? ¡Se puede mirar sin verse obligado á comprar! como dicen en el comercio.

El ingrato Nollard no quería alusiones al comercio, no obstante haberse enriquecido en él. Se adelantó y tomó el camino de la Roseraie, seguido de su sobrino.